

de Levrier. A primera vista, la suya parece una vida que se repliega sobre sí misma. A la edad de ocho años llegó hasta Buenos Aires procedente de Estados Unidos. Su madre, Hanako, padece una enfermedad crónica y es incapaz de comunicarse a no ser por medio de los arreglos florales, una vía de expresión emocional que los japoneses metodizaron en el ikebana.

Aunque la narradora que diseña Stahl introduce en esa florista muda alguna experiencia cegadora relacionada con la Segunda Guerra Mundial, lo cierto es que Hanako se condensa mediante aproximaciones más bien discontinuas y fragmentarias.

Lo cual, por cierto, es un prestigio de la ambigüedad y realza el interés de una carta llegada desde Nueva Orléans, en cuyo contenido descubre la protagonista que su abuela, Marie Levrier de O'Leary, la designa única heredera de una casa familiar.

Previsiblemente, el asunto abruma a la joven Levrier y le invita a sondear una historia lejana, en parte irrecuperable por quedar tan fuera del alcance verbal como la propia Hanako. No obstante, más allá de esta primera expectativa, el problema es el mismo que generó la lectura de la carta en inglés: «siente que reconoce las palabras, pero el significado es escurridizo y se le escapa». No es para menos: dentro del protocolo, el apunte notarial liga umbilicalmente al personaje con la primera fase de su identidad.

La buena acogida de esta agradable novela entre los críticos argentinos queda sintetizada en el elogio de Ricardo Piglia, quien sitúa a Nabokov y Tanizaki como autores afines a los modos que emplea la escritora norteamericana, capaz en este caso de urdir un relato transparente y a la vez misterioso. Al ubicar a Stahl en el irónico dominio de ambos escritores, quizá Piglia desmide el entusiasmo. Con todo, podemos reconocer en esta novela una forma (aproximativamente) nabokoviana de reconstruir el ayer. Así, cuando el maestro ruso intenta unir retazos de una identidad evaporada, fija las fechas por medio de los cometas y de los eclipses, como si realmente ordenara los fragmentos de una leyenda. Menos evidente es acá la familiaridad de Junichiro Tanizaki, cuyo culturalismo lo aleja del espíritu de Stahl. No obstante, parece que ésta conoce una obra breve e inclasificable del japonés, *Enredadera de Yoshino*, cuyo protagonista busca respuesta a los interrogantes que a lo largo de veinte años se le plantean acerca de su madre. En aquel caso, al personaje también le quedaban muchos puntos sin aclaración posible y ello le obligaba a suplir más de la mitad por medio de la fantasía. Sin embargo, aunque el estilo de Stahl acepte ocurrencias atractivas, en modo alguno posee la crepitación de tono que distingue a Tanizaki.

**La filosofía de los Estados Unidos**, Gérard Deledalle, Traducción de Manuel Ramos Valera, Editorial Tecnos, Madrid, 2003, 341 pp.

Para caracterizar el costado de la identidad estadounidense en que domina el espíritu filosófico, Deledalle ha de acotar dentro de la geografía las especulaciones del alma ensoñadora. Para ello, este investigador expresa un carácter distintivo: si bien la filosofía supone interrogación, y en tanto que tal, es univesal, cuando esa interrogación se explicita, cabe inscribirla en un determinado contexto de civilización. Arraigadas de ese modo por las circunstancias históricas y el idioma, las figuras que dan materia a este volumen han sido convocadas como partícipes de un carácter nacional —dinámico, apto para encarnar nuevos espíritus— cuyo inventario de rasgos es el resultado de una reescritura que aún sigue su curso.

Con el propósito de insistir en el carácter singular e innovador de la filosofía estadounidense, Deledalle confirma la premisa inicial y arriba a las expresiones de lógica y destino como figuras que moldean el carácter pragmático del pensamiento local. Al situar dicho atributo como divisa, éste sirve para admitir o no cada corriente de pensamiento dentro de la tradición norteamericana. Por esta vía, el predicado intelectual se va poblando de otras

ideas que acompañan al pragmatismo dentro y fuera de las academias, y por consiguiente, dicha monografía también acoge a los representantes del trascendentalismo, el realismo crítico, el naturalismo y los tres formatos del idealismo americano: evolucionista, personalista y especulativo.

El zigzagueo histórico fecunda cada simulacro y esto permite al autor enlazar argumentos que congregan la presencia de Charles S. Peirce, William James, Josiah Royce, John Dewey y George H. Mead, entre otros filósofos de fuste. Por medio de una idéntica sugestión, otras expresiones filosóficas remiten de forma múltiple y consecutiva al pragmatismo entre 1940 y 1976, lo cual nos da la oportunidad de conocer o repasar argumentos como los de Brand Blanshard, C. I. Lewis, Charles Hartshorne, Paul Weiss, Charles Morris, Sidney Hook, Charles S. Stevenson, Rudolf Carnap, W. V. Quine y Wilfrid Sellars. Desde otro flanco, aunque no lejano, Herbert Marcuse, Jacques Maritain, Alfred N. Whitehead y George Santayana agregan componentes foráneos a un ciclo que de forma inevitable tiende a la universalidad.

En los cauces del pensamiento de John Dewey descubre el ensayista esa filosofía del hombre ordinario que asimismo proclama Stanley Cavell, y que desde los escritos de Emerson gana en finura y adquiere la forma de un ideal común.

Aun diseñando un convincente escenario para este modelo, Deledalle vuelve una y otra vez sobre el asunto del carácter nacional atribuible a una determinada filosofía. De ahí que justifique la prosperidad del pensamiento pragmático mediante una condición propia del país estudiando: la puesta a prueba pública de las ideas, idónea para que el conocimiento progrese y la democracia arraigue socialmente. En lo que concierne al catálogo de corrientes, sólo el continuo histórico puede ratificar la taxonomía con una plenitud acabada. De otro lado, las recientes producciones filosóficas se acumulan, y este atractivo ensayo las admite dentro de su arquitectura bajo rótulos complejos, pero sistematizados según las rúbricas del pragmatismo clásico y del neopragmatismo.

De ello no hay duda: semejante reflejo (tentativo) del pensamiento nacional es sugerente porque ordena acopios, retóricas y coherencias. Lo consigue mediante un impecable instrumental analítico, ceñido en todo caso a ese cuadro abundante de vida que ya trazó Tocqueville, para quien la joven civilización norteamericana venía a ser el producto «de dos elementos, completamente distintos, que además se hacen a menudo la guerra, pero que en América se han llegado a incorporar de alguna manera el uno en el otro y a conciliar maravillosamente. Estoy hablando del espíritu de la religión y del espíritu de la libertad».

**La línea y la sombra**, Silvia Baron Supervielle, Traducción de Eduardo Paz Leston, Editorial Pre-Textos, Valencia, 2003, 197 pp.

En el código íntimo de Baron Supervielle no se desvanecen los prestigios del pasado, esa patria a la que, según sostiene esta autora, pertenecen los escritores que no se apartan de la brecha creativa. Por la fuerza de ese mismo conjuro de la memoria, la autora expresa no pocos desencantos y turbulencias a través de una ventana: la de un país transitorio, abierto a las regiones del misterio. Y aunque esta historia se nutre de recuerdos y también del colorido poético, por su forma (tenue, aluvial, un tanto imprecisa) más bien parece un murmullo. No le bastan, sin embargo, los méritos de una confianza dicha a media voz. En el fondo, aunque nada ofreciera de superior el desempeño de la escritura, Baron Supervielle aspira a repartir la razón entre quienes entrevén las secuencias que fluyen discretamente: efervescencias, ráfagas de sentido captadas en torno a las palabras, sin una trama capaz de enlazarlas.

Al cabo, por más que avive las percepciones, toda tentativa literaria viene a ser un borrador, un ejercicio aproximativo en su aspecto esencial, abierto a todos los destinos posibles. Se trata, acaso, de admitir la confesión de Vallejo: «Quiero escribir pero me sale espu-